

Las tareas del columnista azorado.

Juan Cristóbal Espinosa Hudtler



Image not found.

Capítulo 1

HarukiKafka

Finalmente se durmió dentro de su sueño y se vio en una habitación húmeda en la que sonaba la Sifonietta de Leos Janacek y había junto a él una oruga transformándose. Tocó el enorme capullo viscoso que se encontraba en su fase temprana y le pareció verse a sí mismo como un gusano dentro de la membrana.

—No eres tú—le dijo un japonés—, es Fukaeri, la ganadora de un premio literario por su obra “La crisálida de aire”. Tengo, ese chico callado que ves ahí, es el corrector y encargado de valorar la obra.

—Pero, ¿qué significa todo esto? ¿No debería llover hoy? ¿Y mi caparazón? ¿Y mi madre ya me ha despertado? —le preguntó Franz a su interlocutor.

—Lamento decepcionarte, querido amigo, pero estás en mi habitación y en este momento ya casi termino el capítulo de la transformación de la historia con la aparición de dos lunas.

— ¿Y qué pinto yo aquí? —exclamó Kafka.

— Respetable amigo, soy Haruki Murakami, nunca me conociste. Soy un escritor del siglo veinte y te invoqué para hacerte unas preguntas.

—¿Y de qué te servirá? —inquirió extrañado Franz—¿De dónde me conoces?

—Leí tus obras y quiero preguntarte sobre la metamorfosis —contestó Murakami.

— Pero...!Qué diantres! ¿No se suponía que mis escritos fueron quemados?

—Por fortuna no fue así, además eres uno de los más famosos escritores de todos los tiempos.

—!Qué sorpresa! Y yo que creí que nadie me recordaría jamás.

— Pues, ya ves respetable Franz Kafka, se te ha inmortalizado— dijo sonriendo Haruki.

— Bien, pues pregúntame porque siento que ya voy a despertarme.

—¿Por qué se transformó Gregorio Samsa, Sr. Franz?

No oyó más preguntas y al abrir los ojos era una mariposa, sin embargo, le faltaba despertar de su verdadero sueño, después del cual, apareció convertido en japonés.

Capítulo 2

El maestro Beto

Ahora que le echo un vistazo al pasado tengo la sensación de verlo a través de un catalejo invertido. Hay una imagen alejada por más de cuatro décadas. Estoy sentado, con el aspecto de una momia porque voy forrado con sábanas traídas de la morgue, en un carrito con una cubeta de petróleo y estopas, mi función es la de limpiar los mecanismos de frenado y las barrigas de los diferenciales de los trenes del STC. En esa época estaba en el primer año de la facultad de ingeniería y era un joven ilusionado y optimista. Casi había terminado el primer tren cuando escuché una voz. “Es nuevo, ¿verdad?”—me preguntó con una voz suave y segura. Sí— le respondí. En ese instante no sabía que estaba entablando una amistad que me llevaría a un lugar donde vería los cambios más trascendentales del siglo pasado.

“¿Sabe? Me cae muy bien y le voy a dar un consejo para que haga mejor su trabajo”. Con esa frase empezó una serie de conversaciones que tuvieron como resultado la lectura, discusión y análisis de los libros de José Ingenieros, luego la teoría de Marx y al final, la decisión de integrarme a un grupo de personas con ideas progresistas. El destino quiso que el señor Humberto fuera un segundo padre que me dio las claves de la vida contándome sus experiencias y recomendándome una infinidad de libros, que al final, lograron convertirme en una persona comprometida con la sociedad. Gracias a él pude participar en la lucha por la democracia de mi país, pero al hacerlo entré dentro de una tómbola que se detuvo sólo en el momento en que me bajé de un avión para ver cómo la historia determinaba el destino soviético.

Veo de nuevo las revueltas, la gente padeciendo las consecuencias de una terapia de choque, la penetración de las empresas europeas y americanas, el enriquecimiento de la sociedad y la pérdida de muchos principios morales, la corrupción, el restablecimiento del orden, mi familia, el éxito y las nuevas perspectivas. Lo único que no puedo sacarme de la cabeza es la pregunta de qué habría sido de mi si no hubiera hablado con el señor Humberto y donde estará él ahora.

Capítulo 3

Encuentro con Bovary.

—¿Es usted Mario Vargas Llosa? —le preguntó Flaubert.

— Sí querido amigo Flaubert, soy yo. ¡No sabe cuánto le admiro! ¡Es usted mi escritor favorito!

—Mire, sólo he venido a preguntarle unas cosas. ¿Es verdad lo que se dice de mí?

—Explíquese, maestro, ¿a qué se refiere en concreto?

—Pues, muchos críticos dicen que Madame Bovary soy yo. Eso, ¿sabe? No me gusta para nada porque me parece que se me da una categoría femenina y yo no soy así.

—Maestro, déjeme explicárselo bien. Hay muchas personas que han interpretado su libro, entre ellos yo, y pensamos que Emma es una mujer inconforme con su tiempo. Es un ser que busca la libertad en el amor y recrimina a los hombres por ser tan pazguatos en las relaciones amorosas. Además, los personajes masculinos que aparecen en la obra son todos unos peleles. Ese tal Rudolph con su condición burguesa y aires de don Juan, el farmacéutico, o el estúpido de León que necesitó mucho tiempo para poder abordar a una mujer tan bella como Emma.

—¡Sí, señor, así se habla! Mi querido Mario.

—Sepa, Gustave, que también se le tilda a usted de histérico y feminista. Hay muchos rumores sobre su enfermedad y su odio a la humanidad. ¿Ha oído lo que dijeron de usted Sartre y Barthes?

—Sí, pero a mí no me importan en absoluto. Lo que quiero saber es por qué le gusta tanto mi obra a usted.

—Pues, porque es una obra de arte. Me parece que se la pasó usted revisando frase por frase y cada vez que alguna oración no le gustaba la quitaba, ¿no es así?

—Sí, claro. Eso es precisamente lo que muchos escritores modernos han dejado de hacer, bola de cabrones. ¡Deberían ponerse a escribir de verdad!

—Oiga, amigo, cálmese un poco. No es para tanto...Le va a dar un ataque.

Se está poniendo verde. ¡Que alguien llame a un doctor, por favor!

—No, No se apure Mario, mejor tráigame unas fotos o dibujos de Emma y Salambó.

o con ligueros, minifaldas, medias color carne y, sobre todo, con unos zapatos muy bonitos.

—¡Unos Manolos! ¿Le parecen bien?

Capítulo 4

El aprendiz

Iba por un estrecho camino terroso resguardado por cerezos en flor, el viento tibio soplaba fuerte desprendiendo algunos pétalos blancos que volaban como pequeñas mariposas. Los rayos del sol tendieron una alfombra dorada muy tenue y el niño siguió adelante entre la lluvia de alevillas. Sintió la brisa sobre su rostro y se alegró su espíritu. Se dirigió a la orilla de un lago donde unas garzas posaban inmóviles. El silencio era interrumpido, de vez en cuando, por el aleteo de los pájaros o el salto juguetón de una carpa rojiblanca. Miró a su alrededor y descubrió a la orilla del lago a un hombre. Estaba de rodillas, iba vestido con una bata blanca muy brillante y permanecía inmóvil meditando. A su lado tenía un cuenco con agua, un pincel y unos pliegos extendidos en fila de papel de arroz muy fino. El chico se acercó con cuidado tratando de no hacer ruido, pero los guijarros crujían bajo su peso, por eso se quitó sus guetas de madera y prosiguió en silencio. Notó que el hombre dibujaba con los ojos cerrados y que su pincel sólo trazaba líneas invisibles que el artista ejecutaba con extremo cuidado. Permaneció una hora intrigado por la improductiva labor del hombre que cada vez que terminaba una obra la ponía sobre la superficie del lago y miraba con alegría como se iba hundiendo. ¿Para qué lo hará? —se preguntó el niño— Parece una tontería.

Cuando se terminaron los rectángulos blancos y el agua de la vasija. El hombre levantó el brazo derecho e hizo una señal con la mano para que el niño se acercara, éste se sorprendió por verse descubierto y se acercó. Ven aquí—oyó decir—, ven para que pueda explicarte y entiendas la respuesta a tu pregunta. Empujado por la curiosidad el niño se aproximó con pasos lentos. ¿Cómo te llamas? —dijo el muchacho— Soy Koi o, mejor dicho, es como todos me dicen, no soy japonés ni carpa como dice mi apodo, pero he vivido mucho tiempo aquí. Vengo de Chile. ¿Y para qué pintas con agua y luego pones los pergaminos en el lago? —inquirió el chico—. Es sólo para recordarme a mí mismo que lo más importante de la pintura es el sentimiento con el que se ejecutan los cuadros, no vale nada la hoja de papel con una imagen porque ésta no puede transmitir la sensación del pintor en el momento de la creación. ¿Me podrías enseñar? —le pidió el niño.

Takeshi, como se llamaba el pequeño, le pidió al hombre que le enseñara a pintar con agua y, después de una preparación larga y metódica, aprendió a plasmar sus sentimientos en el papel y sumergirlos en el fondo del lago para que así los animales que pintaba obtuvieran un trozo de su alma. Desde entonces no se separó de su maestro.

Capítulo 5

Lady Nínfula.

Cuando cumplí los quince años, mi madre confirmó que yo había heredado el mal de la bisabuela, fue de inmediato a hablar con mi padre para que me metiera a practicar un deporte en el que gastara muchísima energía y, después de varias negociaciones, cedí a apuntarme en atletismo. Yo tenía una energía descomunal y corría muchísimo. En realidad, no lo hacía tanto por el deporte, sino por el placer que encontraba en el roce de mi pantalón corto con mi vulva. Como la bisabuela, pronto descubrí que era ninfómana, no podía vivir sin el placer sexual, esto me ayudó a ganar muchas competencias porque, como he insinuado antes, podía tener orgasmos en las carreras y para alcanzar la satisfacción apretaba las piernas y las friccionaba tanto que llené de medallas de primer lugar toda la vitrina de la casa.

Cuando me casé, mis padres sintieron el mayor alivio del mundo y pudieron descansar. A quien no le fue también fue a Gonzalo, mi marido, que en un principio encontró muy atractivo que lo sedujera con mucho apasionamiento y con bastante frecuencia, pero pronto perdió peso y deseo, comenzó a evitarme y yo tenía que inventarme cosas como: perfumes excitantes, lencería sensacional, para engatusarlo, pero el gusto no duraba casi nada porque las cosas se hacían muy rutinarias.

Gonzalo decayó mucho y a los tres años de casados ya no podía ni verme. Un día, por casualidad, me empezó a cortejar un hombre que decía que era un director de cine y que si yo lo deseaba me podía hacer artista. Pensé que la distracción me haría dejar de pensar en el sexo, pero cuando llegué a los estudios me dijeron que ahí se filmaban cosas obscenas y que sería mejor irme de allí. Me impuse diciendo que tenía una cita con el director y así filmé, mi primer día, una película completa de tres horas. Después comenzaron a llamarme muy a menudo y ahora soy toda una estrella. La vida me ha dado una gran satisfacción y el único inconveniente que a veces no tolero es que los chicos que actúan conmigo desertan al poco tiempo de conocerme. Así es la vida. Qué le vamos a hacer, ¿no?

Capítulo 6

Jerónimo.

Estudié la carrera de mecánico técnico y entré a laborar en la empresa de torneados y esmerilados Fernández S.A. Al principio, me fue muy bien porque conocí mucha gente y ascendí con cierta rapidez, además los dueños me favorecieron con su confianza, ayuda y consejos, pero los problemas vinieron con la expansión de la compañía que en los años de prosperidad abrió varias filiales e, incluso, nos propusieron a varios de los trabajadores más capacitados, emprender nuestro propio negocio abriendo pequeños talleres en lugares alejados de las grandes poblaciones. Fue así como me encontré inaugurando dos pequeños tallercitos en una población de Oaxaca con el nombre de Teposcolula, nombre que viene del náhuatl y significa "Junto a la torcedura del cobre". Había en ese apelativo un presagio favorable ya que el cobre es un metal y trabajando en un lugar con ese denominativo tendríamos suerte. Así fue, porque comenzamos componiendo tractores, puesto que la actividad comercial de la zona dependía de la agricultura. Fue tan bueno nuestro trabajo que los agricultores prescindieron de comprar partes de cambio para sus máquinas e invirtieron en la siembra.

Hubo una época de bonanza, la población prosperó y aumentó. Había varios proyectos para construir una escuela y una secundaria para que la población de los mil habitantes gozara de educación. Un día al salir de nuestras casas oímos en boca de todos la palabra crisis. Sonó como el sonido de un sable: frío, afilado e hiriente que se llevó nuestros sueños. Después oímos que estábamos hasta el cuello por causa de las deudas, que debíamos en dólares el doble de nuestros créditos y que teníamos que pagar los intereses en moneda americana porque la nuestra era de juguete. Algunos habitantes, por el temor del embargo y los impagos, se suicidaron. La población se fue quedando desierta.

Pasaron los años y de los treientos habitantes viejos que se quedaron, sólo Jerónimo, un muchacho con retraso mental, me hacía compañía durante las largas tardes calurosas en las que se quemaban las hojas de la milpa y el frijol por los rayos de la desgracia. El único ruido que rompía el silencio tétrico de nuestro pueblo fantasma, era el giro de los tornos con los que Jerónimo se complacía haciendo las tuercas y tornillos que le había enseñado a hacer en los largos quince años de aislamiento que pasamos juntos. No hubo cambios y nos quedamos adormilados una década y media, igual que en los cuentos de hadas, hasta que la crisis pasó y surgió de nuevo la esperanza.

Capítulo 7

El arrepentido.

No quiero volver a pasar por eso, otra vez. ¡Haz lo que quieras, pero a mí no me vuelven a obligar a hacerlo! —le dije enfadado—. Pero, Chucho —respondió Él con más lástima que determinación— ¿No sabes que está vez sí va en serio? ¡Ajá! Eso me lo dijiste la primera vez y ya viste la que se armó — le imputé— y lo que tuve que sufrir esperando la ayuda prometida que ni siquiera pensaron en enviarme. —Eso fue un simple error de organización, pero te prometo que esta vez aclararemos todo para que no te pases un vía crucis como la otra ocasión. Mira—comencé dándole a entender que sería imposible convencerme—, les paso que me hayan traicionado y entregado a los enemigos de nuestra organización, incluso lo del juicio y hasta los golpes, pero que me hayan quitado el derecho de morirme tranquilamente cuando ya estaba en las últimas, eso sí que es imperdonable. Además, ¿para qué? ¿Para que viera con mis propios ojos el fracaso total de nuestra doctrina? ¿O para que atestiguara las injusticias y corrupción de nuestros representantes? Ahora, me parece inútil cualquier intento de lucha, si lográramos demostrar lo que queríamos antes, ¿serviría de algo mi verdadera muerte? No. Lo dudo. ¡Váyanse todos al carajo! Renuncio, renuncio para siempre. Aquí tienes mi carnet de identificación, los pasaportes falsos, mis apuntes de instrucción sobre explosivos, mis prótesis y hasta la silla de ruedas. Fue así, señor, como decidí salirme de esa organización y dedicarme a hacer el bien. No sé si Dios me perdonará por las muertes que causé poniendo bombas por todas partes, pero me he dedicado con todo el corazón a la lucha contra la injusticia, usted bien lo sabe, se lo ha contado mi abogado. Ahora ya me puede poner la inyección letal. Contar eso, era mi último deseo.